



Josep Capsir
**LA MORADA
DE YAHVEH**

El secreto del Biblio Primero

La esperada secuela de *La herencia de Jerusalén*.

Yahveh ordenó que los sacerdotes levitas custodiaran los elementos sagrados del Tabernáculo y del Templo de Salomón. Y Moisés así lo anunció.

Ellos tenían la encomienda de Yahveh de resguardar la gnóstica y la sabiduría del pueblo elegido. Hoy, su misión aún no ha terminado.

Año 2005. Los protagonistas de *La herencia de Jerusalén* se enfrentarán a la lectura del Biblio Primero y deberán descubrir las pistas que les llevarán hasta el paradero de uno de los tesoros más bien guardados de la humanidad.

La búsqueda continúa.

Cada vez que dedico un libro me olvido
de mencionar a alguien importante, de modo
que esta vez lo dedicaré a todas las personas que
lo lean, principalmente a los que hayan
pagado por hacerlo.

Josep Capsir

PRÓLOGO

Cuenta la historia que Abraham fue el primer patriarca postdiluviano y el padre de todos los pueblos y así lo recogen las sagradas escrituras. Él fue el primero de la saga de los grandes patriarcas de Israel y el pilar desde el cual se fundamenta el judaísmo y el cristianismo. El Génesis explica que Dios probó la fe de Abraham, pidiéndole que sacrificara a su hijo Isaac en el Monte Moriah. El patriarca, herido en el alma, estuvo a punto de hacerlo pero Dios indultó a su hijo en el último instante. Ese episodio podría haber cambiado por completo la historia del judaísmo y por extensión la del cristianismo, incluso ambas corrientes religiosas no hubiesen existido nunca de producirse ese hecho. Así pues, el indultado Isaac salvó la vida y consiguió reinar las tierras de Israel, ofreciendo a su pueblo varios hijos que perpetuarían el linaje de los grandes patriarcas. Uno de ellos, el mellizo Jacob siguió con la dinastía aportando doce hijos, los doce herederos de la Tierra Prometida, los herederos que conformaron las doce tribus de Israel.

Cada tribu regentaba su propio territorio, desde las tierras Caná hasta los montes de Judea; todas excepto una, la tribu de los hijos de Leví, a quienes se les conoce con el nombre de levitas. Ellos eran el cuerpo sacerdotal, los que oficiaban las ceremonias y los encargados de transmitir la sabiduría y el pensamiento gnóstico del judaísmo. Durante el éxodo, sus atribuciones se vieron ampliadas, encargándose del resguardo de los tesoros del Templo de Salomón y de la custodia de los útiles de sacerdocio. Las escrituras

explican que Moisés así lo anunció. Antes de la invasión babilónica de Nabucodonosor II, la tribu sacerdotal protegió todos los utensilios sagrados del Tabernáculo, entre ellos, el Arca de la Alianza, en cuyo interior había las tablas de la ley; esa era su encomienda. Cuenta la historia que todos esos elementos que consiguieron resguardar nunca volvieron a ser vistos, ni tan siquiera llegaron a trasladarse al segundo templo.

Aunque se dice que hace 2700 años, tras la esclavización y el asedio de los asirios, los levitas y el resto de las tribus de Israel desaparecieron, existen diferentes vestigios de asentamientos que demuestran todo lo contrario. Y es que los levitas tenían una responsabilidad con su pueblo y con Dios: la memoria gnóstica no debía desaparecer y los tesoros del judaísmo debían resguardarse. Tras el Cautiverio de Babilonia, un pequeño grupo de sacerdotes consiguió huir hacia el sur, asentándose durante algunos siglos en las costas de Yemen, supuestamente, bajo la protección de la regencia de la reina de Saba. Fue más tarde, y tras el paso de los años, que la tribu se disgregó. Algunos fueron hasta Europa, otros permanecieron en asentamientos al sur de Oriente Próximo y otros, tras cruzar el Mar Rojo en una lenta migración, se dirigieron a la actual Sudáfrica.

Las generaciones se sucedían pero el espíritu de resguardar la memoria gnóstica y los sacros enseres del judaísmo permaneció intacto. Durante muchos siglos, la sabiduría de los grandes profetas de Israel permaneció aletargada, y la gnóstica únicamente se transmitía por la tradición oral y de padres a hijos, esperando el renacer de un nuevo reino y de un nuevo Templo. Por su parte, la misión de resguardo de todos los elementos sagrados fue una auténtica quimera como consecuencia de los continuos ataques de árabes, turcos, asirios y posteriormente de los cristianos de Occidente. Las tribus de Israel fueron asaltadas, sometidas y esclavizadas, expoliadas, violadas y prácticamente aniquiladas. Por este motivo y, en cierto modo, los hijos de Leví se

militarizaron para defender con su sangre la encomienda de Dios y la memoria histórica.

LA HERENCIA DE JERUSALÉN

Aunque el judaísmo nunca ha reconocido a Jesús de Nazaret como a una divinidad y ni tan siquiera lo reconoce como a uno de sus profetas, su figura no pasó inadvertida para los grandes sacerdotes judíos; no en vano, la doctrina rabínica que transmitía el Mesías cristiano a sus fieles era puramente la misma que durante siglos había resguardado la tradición judía. Tanto es así, que La Biblia es la memoria escrita donde conviven los hechos de judaísmo a través del Antiguo Testamento y los hechos del cristianismo a través del Nuevo Testamento.

Pero, entonces, ¿por qué se produjo ese distanciamiento entre seguidores del judaísmo y la nueva corriente religiosa? Principalmente, por dirimir cual de las dos religiones era la elegida por Dios. Los apóstoles de la fe cristiana, todos ellos de origen y creencias judías a excepción de Lucas, coincidían en afirmar que el cáliz de la última cena era el pacto de la «nueva alianza». El significado de esta frase era una declaración de intenciones y un claro desafío hacia los seguidores del judaísmo. Definitivamente, el cristianismo pretendía desmarcarse de sus orígenes. Hasta ese momento, el pacto de la elección del pueblo de Israel como hijos de Dios había sido simbolizado por el arca de la alianza; pero ahora, desde Occidente pretendían usurpar el testimonio del pueblo elegido y otorgarlo a una nueva fe que pretendía extenderse por todo el mundo.

Si bien la congregación levita aceptó el movimiento cristiano en sus orígenes, posteriormente, y tras la caída del segundo templo y los cruentos enfrentamientos entre partidarios de la fe judía y los partidarios del cristianismo, se alejaron definitivamente de la nueva corriente religiosa

cuando esta se estableció en Occidente. Por ese motivo, durante los primeros años del cristianismo, la congregación levita estuvo dividida entre los que defendían que Jesús de Nazaret, descendiente de la antigua tribu de Zabulón, fue un mártir y un profeta del judaísmo que transmitió la gnóstica de sus antepasados y sus detractores, los que consideraban que su figura había dividido a la comunidad judaica. Los primeros consideraban que debían salvaguardar los objetos sagrados de Jesús de Nazaret por ser este un miembro importante de la historia del pueblo de Israel y para evitar que el cristianismo se los adjudicase como propios. Evitar que la sábana santa, la Vera Cruz, el travesaño del martirio o el cáliz de la última cena pudiesen considerarse símbolos del cristianismo fue el principal argumento para convencer a los detractores de que debían resguardar todos esos objetos de las manos de su enemigo.

Pero proteger algunos de esos símbolos también tuvo su dificultad, ya que el cristianismo fue perseguido por el Imperio Romano y muchos de esos elementos sagrados se perdieron o fueron destruidos. Las continuas diásporas de la religión judía estuvieron vigiladas muy de cerca por los levitas; de hecho siempre había algún Cohen —nombre que recibía el Sumo Sacerdote—, que acompañaba el peregrinaje de los antiguos judíos hasta tierras más seguras. De este modo, intentaban evitar que ningún miembro de su rebaño perdiese sus credenciales gnósticas. Los Cohanin —nombre que deriva de la palabra Cohen—, fueron los peregrinos que se establecieron en Sudáfrica y que consiguieron resguardar durante todo su peregrinaje algunos de los elementos del tabernáculo. Los levitas se habían convertido en una tribu dedicada a la custodia, por eso se definieron a sí mismo como los Guardianes de la Morada de los Testimonios y de los Sacros Enseres.

La dispersión de los objetos sagrados era tan importante que un Cohen llamado Josué decidió redactar dos libros, dos testimonios escritos donde se especificaba la ubicación

de algunos de los objetos sagrados del judaísmo y del cristianismo; el Biblo Primero y el Biblo Segundo del «Traspaso de los compromisos de resguardo de la Morada de los Testimonios y de los Sacros Enseres». Consciente de que un testimonio escrito del paradero de los tesoros de la memoria histórica era un peligro en manos de la humanidad, decidió redactarlo mediante textos cifrados. La intención de los levitas era tener controlados todos estos objetos para poderlos rescatar cuando Israel recuperase su nuevo templo, cuando el reino renaciese de su calvario; pero el renacimiento en la Tierra Prometida no llegó a producirse y todos esos objetos han permanecido ocultos durante siglos.

Ambos Biblos fueron custodiados por la orden levita y escondidos en un santuario situado en la zona oeste de las costas del Mar Rojo, junto a aquellos elementos del Templo de Jerusalén que seguían en sus manos. Solo el Cohen y los sacerdotes que componían el Gran Senado conocían las claves para descifrar los Biblos y su testimonio se guardaba con un estricto celo. Pero la congregación recibió un duro revés durante las Cruzadas, cuando otras órdenes religiosas con propensiones militares decidieron establecer el control del cristianismo en Tierra Santa. El Papa Urbano II no solo se enfrentó al control del Islam, también se enfrentó a prusianos, a cristianos ortodoxos y a los judíos. Fruto de las acciones militares contra la comunidad judía de los soldados cruzados, el Biblo Segundo fue usurpado por tropas franceses y todos los miembros del Gran Senado fueron asesinados. El Biblo Primero se salvó del expolio pero las claves que descifraban el contenido de los dos ejemplares se perdieron tras la muerte de los principales miembros de la congregación.

Los levitas quedaron muy debilitados tras las cruzadas, habían perdido el control de la memoria histórica y los pocos miembros de la congregación no disponían de los conocimientos gnósticos suficientes para continuar con su misión. No obstante, con el tiempo la congregación se re-

compuso y fue creciendo en silencio con un único propósito: recuperar sus atribuciones.

Pero rescatar todos los tesoros no iba a ser tarea fácil. Con la pérdida del Biblo Segundo y sin conocer las claves que descifraban el Biblo Primero, la congregación debía reconstruir sus pilares y recuperar la memoria del judaísmo. Los primogénitos de cinco familias se propusieron viajar por medio mundo para encontrar los símbolos del Templo de Salomón y las reliquias de ese judío nazareno que el cristianismo había tomado como suyas. Jesús de Nazaret era de los judíos y Cristo era la figura con la que el cristianismo quiso aniquilar al judaísmo. Sospechaban que las reliquias debían estar en Oriente Medio, en la zona este de África y principalmente en Europa, el centro neurálgico del cristianismo. Dos miembros de los nuevos levitas se quedaron en Tierra Santa, buscando por Jericó y las costas del Mar Muerto, recorriendo palmo a palmo toda Judea y el valle de Qumrán. Otros dos miembros se desplazaron a Europa, resiguiendo la ruta cántara, desde el norte de España hasta la zona meridional de Francia. Otro miembro de la congregación se desplazó a Roma, donde desapareció a los pocos años sin dejar rastro alguno.

Con el paso de los años y viendo la infructuosidad de su búsqueda, decidieron buscar ayuda externa. Para ello, se rodearon de importantes miembros de la comunidad judía, así como de nobles y políticos; en definitiva, gente que tuviese un cierto poder fáctico y un fuerte arraigo en su país. Era una apuesta peligrosa, una decisión que podría hacerlos visibles tras cientos de años de clandestinidad. Desde la elección de las doce tribus de Israel, todos los miembros de la congregación habían pertenecido al linaje levítico por tradición dinástica. A estos nuevos integrantes de la causa levita se les nombró «heraldos»; un término que, aunque pudiese confundirse como apelativo puramente militar, significaba algo mucho más mundano: compromiso. Monjes, políticos, militares e incluso grandes reyes de Europa ha-

bían colaborado en el compromiso de búsqueda, guarda y custodia de la congregación. Muchos de ellos eran judeo-conversos, judíos que habían tenido que fingir su cambio de fe al cristianismo para salvar su pellejo ante los ojos de la Inquisición española.



En junio de 1903, el Cohen David recibió una misiva del Papa León XIII. El pontífice tenía en su poder un extraño libro escrito en hebreo, cuyas escrituras no habían podido ser interpretadas por el Consejo Cardenalicio. En su mensaje citaba urgentemente en audiencia a los levitas para conocer el contenido de esas extrañas escrituras. Los levitas tenían la certeza de que ese misterioso libro que obraba en poder del Vaticano era el Biblo Segundo, el ejemplar robado durante las Cruzadas. Aunque su viaje al cuartel general de la Iglesia Católica era un paso extremadamente peligroso, un grupo de levitas se desplazó al Vaticano para ser recibidos por el Papa. A su llegada a la Santa Sede, descubrieron que el actual pontífice acababa de fallecer. Consiguieron hablar con el camarlengo, pero este les explicó que desconocía la existencia de ese extraño libro y ni tan siquiera tenía constancia de que una orden religiosa hubiese sido citada en audiencia.

CAPÍTULO 1

20 de marzo de 2005: Monasterio de El Escorial (Madrid)

Renzzo Carusso subió las solapas de su chaqueta y aderezó el nudo de su corbata antes de llamar a la puerta del despacho del Cohen Aarón. Como solía ser habitual, Carusso vestía con elegancia un moderno traje azul marino de corte italiano, diseñado por uno de los mejores sastres de Lazio, combinado con una camisa de algodón blanca y una corbata estrecha de tonos violáceos. Tras unos segundos de silencio se escucharon los arrastrados pasos del Sumo Sacerdote al otro lado de la puerta y acto seguido esta se abrió.

Aarón Simei había sido nombrado Cohen a finales de los noventa, tras la renuncia del anterior Sumo Sacerdote. Simei era un hombre que se hacía respetar dentro de la congregación; no en vano, pertenecía a una de las dinastías más antiguas de Israel. Según sostenía su familia, eran descendientes directos de Gad, regente de la parte oriental del Mar Muerto y de los valles de Jordán durante la distribución territorial de los hijos de Jacob. Aarón Simei era un hombre menudo y delgado, aunque su cuerpo era armonioso y de musculatura bien cuidada. Su cabeza perfectamente rasurada, su mirada dura e impenetrable y su tez morena eran algunas de las características físicas que parecían otorgarle menos edad de la que realmente tenía.

—¡Carusso, hermano! —El Cohen le ofreció una amplia sonrisa—. Pase, por favor, pase... Le estaba esperando.

—Cohen Aarón, me alegra volverle a ver. Siento haber retrasado tanto mi viaje a Madrid, pero mis compromisos profesionales me han impedido...

—No se disculpe, hermano Carusso —le interrumpió—. Me hago cargo de su situación.

El despacho del Cohen solía ser una estancia oscura, casi tétrica; únicamente iluminada por la tenue luz de un candelabro de cobre de siete brazos que reposaba sobre una mesa regia que presidía el cuarto. Aunque la habitación carecía de ventanas, las paredes estaban adornadas con cortinas de raso púrpura, que conjuntaban perfectamente con el elegante mobiliario de estilo colonial y los tapizados encarnados de las sillas y sillones. Del techo pendía una lámpara de araña con lágrimas de cristales tallados que solía estar apagada. Ese día no era una excepción y el despacho estaba prácticamente a oscuras.

Aarón Simei se sentó en uno de los sillones de la sala, frente a una pequeña mesa de mármol bermellón sostenida por un pie de hierro forjado e invitó a Renzzo Carusso a sentarse en el sillón contiguo.

—Tiene muchas cosas que contarme, hermano Carusso. Recibí su correo electrónico y aún no puedo salir de mi asombro. La semana pasada me llegaron las reliquias y...

El Cohen se detuvo, evidenciando la emotividad del momento. Renzzo Carusso sonrió complacido.

—Es tan grande lo que ha sucedido, Carusso. —Paseó un pañuelo por su cara para secar sus empañados ojos—. Explíqueme cómo demonios consiguió encontrar todo esto.

—¿Me creería si le dijera que he estado más de una docena de veces en la casa donde estaba el Biblo Segundo?

—Aún no he entendido como pudo llegar el libro a esa casa. —Aarón Simei se recostó en el respaldo de su sillón.

—Mi esposa y yo compartimos amistad con la familia Di Bella desde hace muchos años. Han hecho muchas aporta-

ciones a mis museos y están muy comprometidos con la cultura romana.

—¿Son judíos? —Se interesó, Aarón Simeí.

—¿Tiene eso alguna importancia? —le interpeló Caruso—. A estas alturas creo que ese detalle es insignificante.

El Cohen asintió y se frotó el mentón en gesto pensativo.

—Pero sí, son judíos —confirmó Caruso.

—Y dígame, ¿cómo llegó el Biblo Segundo a manos de esa familia?

—Como sabe, en junio de 1903, el Cohen David viajó al Vaticano para reunirse con León XIII, pero a su llegada a la Santa Sede, le informaron que el Papa había fallecido y que nadie sabía nada de la cita.

—Algo turbio sucedió por esas fechas —se lamentó el Cohen—. La muerte del Papa fue muy inoportuna. O mejor dicho: oportuna.

—Y tan turbio, Cohen... Creo que alguien del entorno pontificio consiguió descifrar el Biblo.

—¿Quiere decir que cuando fuimos no nos lo quisieron entregar?

—Peor que eso —alzó la voz Caruso—, lo quisieron destruir. Pero en este punto aparece la familia Di Bella.

El Cohen se reclinó hacia delante para escuchar con atención las explicaciones de su interlocutor.

—Corría el 21 de julio de 1903 —empezó a explicar—, Flavio Di Bella era el Conservador de Patrimonio de la biblioteca de El Vaticano y el responsable del Quarentenam.

—El Quarentenam es la colección de libros sin catalogar, ¿no es cierto? —le interrumpió el Sumo Sacerdote.

—Efectivamente. Forma parte de una colección de documentos no reconocidos por la Iglesia. Algunos ejemplares del Quarentenam estaban incluidos en el Index Librorum Prohibitorum de la Sagrada Congregación de la Inquisición. Todos los documentos de esa sección eran sospe-

chosos de contener herejía y por lo tanto, de patrimonio no disponible para la humanidad.

—¿Nuestro Biblo una herejía? —exclamó enfurecido—. ¡Qué demonios sabrá esa gente!

—Sabían, Cohen, sabían... Por eso quisieron destruirlo —empezó a explicar con un halo de misterio—. Esa mañana, el cardenal que ocupaba la Presidencia de Estado durante los días de cónclave, ordenó a Flavio Di Bella que destruyese uno de los libros de la colección prohibida, concretamente el «Judaico liber malum», nuestro Biblo Segundo.

—¿El libro malo de los judíos?

—Así es. Sabían que su contenido podría hacer cimbrar las bases del cristianismo. Por este motivo, el cardenal ordenó prender una hoguera en uno de los patios del recinto para dar fin a un libro cuyo contenido no era apto para la humanidad. Cuando le ordenó a Di Bella que quemase nuestro Biblo, este se alarmó, aunque no podía desoír una orden del mismísimo cardenal. Como buen conservador de patrimonio histórico que era, sabía que la quema de cualquier documento de tanto valor sí es una herejía.

—Pero no lo destruyeron. —El Cohen dio un golpe seco sobre uno de los apoyabrazos del sillón.

—Efectivamente —confirmó Caruso—. Flavio Di Bella arrancó las cubiertas del ejemplar original y las encoló a un montón de periódicos viejos que hicieron de relleno, luego bajó al patio donde el cardenal le esperaba ante una pira en llamas y tras mostrárselo en alto, lo lanzó a la hoguera. Más tarde, al terminar su jornada laboral, escondió el libro bajo su chaqueta y salió del recinto Vaticano burlando la vigilancia de la Guardia Suiza Pontificia.

—¡Bendito Di Bella! —Exclamó el Cohen juntando sus manos en un gesto de agradecimiento.

—Pues sí, fue una auténtica bendición que ese hombre indultara nuestro Biblo. Lo mejor de todo es que el Biblo

Segundo estuvo en la biblioteca particular de la familia Di Bella, y durante todo este tiempo ha sido cuidado como su antigüedad se merece.

—Y entonces, el biznieto de Flavio Di Bella descifró el contenido del Biblio Segundo...

—No exactamente —se explicó Carusso. Hugo Di Bella, el biznieto del salvador de nuestro Biblio es un notorio estudiante de historia. Hace unos meses preparaba su tesis de final de curso y en ella afirmaba que un grupo sacerdotal había transportado hasta Jericó los tesoros del Templo de Jerusalén para resguardarlos ante el asedio enemigo, y se basó en las ilustraciones que dibujó el Cohen Josué. La cuestión es, que cuando el Profesor David Malluck estaba corrigiendo el trabajo de Hugo, observó que en la bibliografía utilizada por el muchacho, se refería a un libro antiguo del que no se especificaba ni título ni edición.

—Pero es sabido por los libros de historia que los levitas nos desplazamos a Jericó con los tesoros del Templo —puntualizó Aarón Simei.

—Cierto, pero la tesis de Hugo Di Bella describía a la perfección los atuendos sacerdotales de la época y refería detalladamente todos y cada uno de los enseres del Tabernáculo, incluyendo detalles que difícilmente se encuentran en un libro de historia. En ese sentido, las ilustraciones que incorporó el Cohen en su día le fueron de gran ayuda. Todo era tan preciso que la curiosidad del profesor hizo que se pusiera en contacto con el estudiante.

—Hábleme de Malluck, ¿quién es ese profesor?

—Es una eminencia en historia antigua y un fanático del estudio de las religiones monoteístas. Ha escrito diversos libros y tratados sobre las Santas Cruzadas. No es un cualquiera... —Carusso observó como Aarón Simei ensombrecía su rostro.

—Me preocupa que ese hombre sepa demasiado, Carusso.